

Benito Jerónimo FEIJOO, *Obras completas. Tomo II. Cartas eruditas y curiosas, I*. Edición crítica de Inmaculada Urzainqui y Eduardo San José Vázquez. Estudio introductorio de Inmaculada Urzainqui. Oviedo, Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII-Ayuntamiento de Oviedo-KRK Ediciones, 2014. («Colección de Autores Españoles del Siglo XVIII», I-II).

En 1981, cuando apareció la *Bibliografía feijoniana*, cuidadosamente elaborada por José Miguel Caso y Silverio Cerra, se abrió el camino de la publicación de todas sus obras. Hoy, finalmente, tenemos entre las manos el tomo II de las programadas *Obras completas* de Feijoo, el primer volumen de sus *Cartas eruditas*, siguiendo la edición príncipe de 1742 (más algunos inéditos añadidos en la edición de 1781). Edición a cargo de la incansable discípula del Rector Caso, Inmaculada Urzainqui, su sucesora en la dirección del Instituto. En su honor debo decir que, con la ayuda de Eduardo San José, ha culminado una edición crítica definitiva de este primer volumen. No sólo por la valía del estudio introductorio, sino por la limpieza de la impresión, donde no he encontrado ni una sola errata, y la exhaustiva investigación, donde prima una erudita y detallada explicación del texto, para que ningún dato falte a su comprensión. Nadie echará en falta ni el cotejo de las variantes en las diferentes ediciones, ni un índice onomástico, ni un glosario léxico, ni abundantes notas a pie de página o la modernización de las grafías para facilitar la lectura, ni, por supuesto, una completísima bibliografía de obras y estudios.

Gracias a Inmaculada Urzainqui y sus colaboradores contamos hoy con el primer volumen de las *Cartas* en una edición que nace con vocación de permanencia. El académico Pedro Álvarez de Miranda, en su colaboración sobre «El ensayo», en la *Historia literaria de España en el siglo XVIII* de la Editorial Trotta (1996), se quejaba de que las *Cartas* de Feijoo «no han sido reeditadas nunca completas desde el siglo XVIII». Pues bien, ya nació la criatura, y voy a cumplir el encargo de comentar esta edición, presentándome sólo como un lector atento, sin ser especialista en la multifacética obra del Abad de San Vicente.

Cuando se tiene en la mano un libro antiguo, lo primero que aparece es la dedicatoria a un personaje ilustre, casi siempre mecenas de la impresión, en cuyo panegírico se suele volcar el autor del libro como muestra de agradecimiento. Dedicatoria que no se suele leer, pero que en este caso, a mí por lo menos me resulta del mayor interés, porque pone de relieve una semblanza mal conocida del ilustre benedictino. El destinatario es el obispo de Oviedo, Juan Avello y Castrillón, conde de Noreña, ante quien Feijoo se deshace en elogios.

Aquí nuestro monje se acerca más a un hiperbólico andaluz que a un sutil gallego. Encomia con frases ampulosas la personalidad del obispo, «portentoso complejo de virtudes», entre las que destaca su «dorada facundia», superior a Demóstenes y Cicerón, por el «dorado raudal que fluye de sus labios»; es un *héroe* porque sus hazañas son las mismas que las de Hércules, sin otro propósito que «debelar monstruos y tiranos en pasiones y vicios»; es *humilde* porque esconde su dignidad («al fin no es solo obispo, mas también conde, y esta dignidad secular tiene sus fueros aparte. Mas en ese palacio ni se hallan el esplendor que exige la prerrogativa de conde, ni aun el que permite la de obispo»); es también *sencillo* porque «se ha reducido a pobre encarcelado», ya que «un obispo que renuncia al coche se condena a tener la casa por cárcel la mitad del año»; es *caritativo*, ya que «ha derramado todo su caudal en este mísero país».

Alabando al obispo, traza como contraste un negro dibujo de la sociedad asturiana: «¿Qué se ven por estas calles de Oviedo sino denegridos y áridos esqueletos?... ¿Qué se ve en toda esta provincia sino gente que con lágrimas y gemidos busca pan para su sustento?... En este país muchos de sus habitantes se van a buscar la conservación de la vida en otros por medio de la mendiguez». En conclusión, Feijoo toma prestada la máxima de San Bernardo, *¡O rara avis in terris!* para elogiar al obispo Avello, que moriría dos años después, sublimado por su amigo benedictino como «legítimo acreedor del título de *Padre de la Patria*». No parece un panegírico muy exagerado, si se tiene en cuenta lo que se sabe del noble obispo, pero el estilo barroco de esta dedicatoria no se corresponde con el sencillo estilo que los filólogos, como mi maestro Lapesa, han elogiado en los textos ensayísticos de Feijoo.

Mis reflexiones han de comenzar, por supuesto, con el fenómeno editorial de las obras del Padre Maestro, caso único en el siglo XVIII. Hasta 1781 se publicaron 112 volúmenes del *Teatro crítico* y hasta 1787 otros 48 volúmenes de las *Cartas eruditas*. Según el cómputo de Caso, en total se llegaron a imprimir un máximo de 327.000 ejemplares, pero hay que leer la colaboración del recordado amigo de todos, François Lopez, en la Semana Marañón del año 2000, publicada en *Feijoo, hoy* (2003), para admitir una cifra mucho mayor, ya por las ediciones furtivas ya por los capítulos sueltos, impresos para bolsillos menos afortunados. Aunque el hispanista francés no se aventura a dar una cifra final, sí defiende su postura «con la seguridad de que el nuevo total sigue representando una cantidad muy infravalorada». De la primera edición conjunta (1765) se imprimieron dos ediciones, una en papel común y otra en papel marquilla. Sin olvidar que todas las impresiones se hicieron en Madrid, porque era impensable editar en el pobre Oviedo que describe en la dedicatoria. Sin embargo, no dejo de preguntarme: ¿Cómo es posible este impresionante negocio editorial en un

país de analfabetos? Si en Oviedo los posibles lectores no llegarían ni al 25 % de la población, en Madrid el analfabetismo pasaba del 30%, pero François Lopez asegura que «hubo constantemente lectores de Feijoo durante más de un siglo, lo cual supone el relevo de seis generaciones de lectores cuando menos en toda la Península», a lo que hay que añadir la América hispana y Filipinas, Portugal, Italia, Francia, Inglaterra, Alemania y otros países, donde la influencia de Feijoo ha sido estudiada ampliamente. Más de un millón de personas le habrían leído, según Burriel. Sin duda, fue el escritor español más conocido del siglo XVIII.

Pero no debemos olvidar, para explicarnos esta proeza editorial, el respaldo político que tuvo Feijoo, no sólo desde que Fernando VI le concediera el extraordinario privilegio de que nadie le pudiera contradecir, en un absoluto abuso de autoridad, sino también el amparo de Carlos III, que lo conocía desde 1728, quien le había enviado desde Nápoles, un precioso ejemplar de las *Antigüedades de Herculano*, con el caso insólito de una dedicatoria autógrafa, y que en 1765 «designó imperiosamente a la Compañía de Impresores y Libreros» que su primera publicación fuese el *Teatro crítico*. En compensación Feijoo dedicó a Carlos III el tomo IV del *Teatro* y el V de las *Cartas*. Sin esta protección «la fortuna de las obras de Feijoo no habría recobrado tanto empuje», como afirma François Lopez, el cual concluye que durante el reinado de Carlos III, editar a Feijoo era «negocio seguro». Es lo que confirman todos los datos estadísticos. ¿Podría haber tenido el mismo éxito de ventas sin esta evidente protección política? ¿Qué ofrecía a la monarquía borbónica el provinciano monje de San Benito que no ofreciera su gran rival, el eruditísimo valenciano Gregorio Mayans? La respuesta que se me ocurre de inmediato es que Feijoo era un acérrimo defensor de los Borbones, mientras que Mayans era un rebelde austracista.

Cuando Feijoo escribió este primer tomo de las *Cartas* tenía 66 años y era ya una «lumbrera hispánica», «muy bienquisto en los círculos del poder», como dice Stiffoni. En su vida privada era un sabio solitario, incompatible con el bullicio de la Corte, lector impenitente, de una erudición fuera de lo común, que escribía a renglón seguido, sin tachaduras ni correcciones, con una gran biblioteca personal, además de la propia del monasterio, que recibía en su celda, no solamente a los amigos, sino en incesante goteo, las publicaciones de obras extranjeras, periódicas o no, que le informaban de cuanto se pensaba allende los Pirineos. Benito Jerónimo Feijoo era teólogo y maestro de teólogos, pero escribió de toda clase de temas, sin ser especialista en ninguno de ellos, fuese de ciencias naturales, física, biología, medicina, música, historia, mitología, filología, pedagogía y un largo etcétera, como se aprecia en las 47 cartas de este primer tomo, siempre blandiendo sus argumentos en el más puro castellano, aunque

era un perfecto latinista y leía en francés como si fuera su propia lengua. No era científico, pero su fama se cimentó sobre las ciencias modernas, excepto la teología, de la cual no trató expresamente, aunque despreciaba la «escolástica universitaria». Según confiesa en el prólogo del tomo IV, «yo escribo de todo y no hay asunto alguno forastero al intento de mi obra». Se presenta ante los lectores como un verdadero maestro de la razón y del sentido común, frente a la ignorancia del vulgo, «con muchos desengaños de opiniones vulgares o errores comunes», como proclama en el prólogo de este tomo primero.

Tenía un gran concepto de sí mismo, como buen monje de San Benito, la gran Orden monástica que presumía de ser la más erudita y mejor informada de la cristiandad, como bien sabe el hispanista Michel Dubuis, autor de una tesis sobre la Congregación benedictina de Valladolid, a la que Feijoo pertenecía. Quiero añadir en este punto una noticia creo que desconocida. Hace unos años se vendió en una casa de subastas madrileña un ejemplar, que creo único, de la *Regla del Gran Patriarca San Benito*, impreso en Madrid en 1765, en tamaño 32º, con un retrato del santo, que precedía al texto de 248 páginas. Este minúsculo librito estaba encuadernado en piel y encerrado en un estuche metálico, con incisiones en relieve y una cinta para colgarlo al cuello contra maleficios y hechizos, especialmente contra el mal de ojo, según se podía leer en el catálogo. Creo interesante no sólo la gran estimación de la Orden benedictina que supone, sino sobre todo, su carácter aristocrático, dado que semejante amuleto no podía pertenecer más que a una persona adinerada. Enseguida recordé otro tipo de libro-amuleto, este de la Orden franciscana, mucho más humilde, que el rey Carlos III llevaba siempre consigo desde que se lo regaló el lego franciscano fray Sebastián, durante su estancia en Sevilla. Es una visualización, quizás algo fantásica, de la rivalidad de ambas Órdenes religiosas.

Pero ¿quién era este «vulgo» a quien pretendía desengañar? Desde luego, no podían ser los pobres de solemnidad o incluso los trabajadores de escasísimos ingresos; ni mucho menos, la gran masa de analfabetos de la época. Me inclino a pensar, después de repasar la lista de sus adversarios y contradictores, que ese «vulgo» estaba compuesto principalmente por los frailes de otras órdenes religiosas, a las que menospreciaba por su falta de estudio, sobre todo mendicantes; también los médicos, funcionarios, intelectuales y comerciantes, que formaban el grueso de la sociedad alfabetizada, pero poco lectora y víctima de las supersticiones. En la carta 35 se queja de que «quince años ha que estoy continuamente declarando contra la fatua credulidad», sin conseguir el cambio de las mentalidades; y en la 36 aún se duele más de su «oficio a la verdad honrado y decoroso, pero triste, ingrato y desabrido más que otro alguno». Desde luego, era consciente de que escribía algo novedoso «para educar al pueblo»

y desengañarle de supersticiones y falsas creencias, mediante sus reflexiones sobre los problemas que le presentaban sus corresponsales (reales o ficticios, que esto es lo que menos importa).

Responde a las cartas recibidas mostrando, en primer lugar, la importancia de la experiencia. La mayoría de las veces esto bastaba para rebatir las falsedades más comunes, como que los rayos de sol son rechazados por las superficies blancas, «experimento que yo hice algunas veces en presencia de varios sujetos que lo admiraron por su ignorancia en las cosas físicas», porque «la experiencia es más segura que cualquier raciocinio filosófico» (carta 2). En otra ocasión le preguntan si hay aire en el agua y responde que así «consta por los experimentos hechos en la *máquina pneumática*» (carta 3), y si de la conservación del chocolate se trata, alega que la «especulación filosófica» que practicó durante catorce años, controlando su olor cada seis meses, daba una respuesta de pérdida progresiva de ese olor característico (carta 27). En cuanto a las preguntas sobre medicina y enfermedades, respondía que «en materia de medicina, ninguna regla admito como segura, sino la colección bien reflexionada de muchos experimentos» (carta 14); opinaba que «es insigne temeridad usar de la transfusión para curar enfermedad alguna» (carta 16), y con sarcasmo decía que sólo se trasplanta el dinero, del bolsillo del enfermo al médico y al boticario (carta 17). Con el ejemplo de un joven de Oviedo que había caído de gran altura y fue enterrado creyéndole muerto, atiza de nuevo contra la ignorancia de los facultativos: «No hay lágrimas que basten a llorar dignamente la impericia de los médicos» (carta 8). De un astrólogo, que había abandonado la medicina, comenta que «repudió a una tuerta para casarse con una ciega» (carta 36).

En la infinita cadena de los escritores que ponen por escrito sus pensamientos, el Padre Maestro de Oviedo, es un eslabón más, que usa su sentido común y sus razonamientos, al comentar lo leído en filósofos y científicos. Son sus lecturas las que han ido formando sus opiniones sobre tantos temas, complemento indispensable de la experiencia. Él mismo lo confiesa, al escribir que «nunca he deseado aplausos que no merezco», cuando en la carta segunda minimiza su contribución científica: «aunque en la solución de estas y otras dificultades físicas algo pone de su casa mi tal cual discurso, por la mayor parte la debo a la luz que me han dado los más excelentes filósofos de estos últimos tiempos». En efecto. Cita en este volumen a 247 autores, en latín y francés, frente a 22 en lengua española, y lo hace o para divulgar sus ideas o para rebatirlas, pero siempre citándolos por su nombre. Con mayor frecuencia remite a lo leído en las dos grandes fuentes de información que maneja: las *Mémoires de Trévoux* y las *Nouvelles de la République des Lettres*. De las primeras, publicadas por la Compañía de Jesús entre 1701 y 1767, Feijoo tenía siempre a mano los

245 volúmenes publicados, y de las segundas 55 de los 56 tomos publicados en Holanda por Pierre Bayle entre 1684 y 1718. Además, contaba con los más notables *Diccionarios* (Bayle, Moreri, Savary, Calepino, etc.), y con los trabajos de la Real Academia de Ciencias de París, que tantas veces cita en sus ensayos. Bien lo saben los estudiosos que se han acercado a su biblioteca, como Ramón Ceñal, Hevia Ballina y Sáenz de Santamaría.

Con estas armas eruditas defiende la inocencia de los *Templarios* (carta 28), el heroísmo de quienes prefieren el honor a la vida (carta 29), la educación de los ambidextros, contra la costumbre de castigar a los zurdos (carta 39) y la admisión de los neologismos porque «ningún idioma tiene voces para todo», contra la «fijación» preconizada por la Real Academia Española (carta 33). Tenía en su celda los seis tomos del *Diccionario de autoridades* y afirma en la misma carta que había encontrado en él más de dos mil voces no usadas en español. A veces los problemas planteados pueden parecer pueriles, como que el fuego de una chimenea causa menos daño que el de un brasero porque el humo huye por el «cañón» y no afecta a los pulmones o que el sol calienta menos en invierno porque sus rayos caen oblicuamente sobre el planeta, como que podemos ver el aire, porque el polvo que contiene se puede ver si es iluminado (carta 1). Sus opiniones no siempre son compartidas, y vistas a tres siglos de distancia reflejan el estado de las ciencias en su tiempo. Así cuando afirma que el agua disuelve la sal «porque sus partículas están en continuo movimiento hacia todas partes», o que la tierra es «un agregado de cuerpecillos a quien deben los vegetales su ser», lo que no sucede si profundizamos en la tierra (carta 1). Quizás el error más llamativo sea el afirmar que «Desde la creación del mundo hasta hoy han pasado, aun estando al cómputo más corto, más de 5.400 años» (carta 1).

No se pronuncia sobre la existencia de los duendes, porque le merece todo crédito la afirmación de un amigo militar que, estando de servicio en Sevilla, un duende le perseguía por las noches, e incluso le acompañó hasta Barcelona (carta 41). A una consulta sobre la licitud del juego, contesta que «la Divina Providencia reparte como quiere entre los mortales los males y los bienes» (carta 37). De las «batallas aéreas» que algunos ven en el cielo, como prodigios que anuncian catástrofes, dice muy seriamente que «son innegables, porque consta en las Sagradas Escrituras» (9). Admite la posibilidad de las hechicerías en «aquellos hechos que es totalmente imposible atribuir a otras causas» (carta 9). En cuanto a las indulgencias plenarias dictamina que «importaría mucho desengañar al vulgo» porque, según la multiplicidad de las mismas, que se han ido acumulando con los tiempos, cualquiera «puede ganar cada año más de cincuenta indulgencias plenarias» y se pregunta «¿para qué si la total remisión de la pena temporal fuese efecto cierto de una sola?» (carta 45). Se preocupa del

bautizo de los fetos monstruosos, con dos cabezas, considerando que cada cabeza pertenece a un individuo, por lo que no bastaba con un solo bautizo (carta 6). Si alguien le propone la duda de que el alma humana pueda padecer pena de fuego en el Infierno o en el Purgatorio, contesta afirmativamente: «siempre es el alma la que siente el dolor, ya que el cuerpo material ni siente ni padece sin el alma» (carta 46). En la carta siguiente vuelve sobre el tema, acudiendo a otros autores: «Los filósofos que consideran totalmente inexplicable la unión del alma con el cuerpo, no se atreven a entender en dicha unión otra cosa que la insinuada íntima presencialidad del cuerpo respecto del alma». ¿Entendería nuestro ilustre «desengañador» lo que quería decir con estas palabras? Aún más, ¿entendería alguno de sus lectores qué es eso de la «íntima presencialidad»? A mí, por lo menos, me parece una frase vacua, perdonable porque todavía no había nacido la ciencia neurológica.

No cabe dudar de que el sabio Maestro beneditino tenía la sana intención de combatir los «errores comunes», manifestando al mundo su prodigiosa memoria y abundantísimas lecturas, que le impulsaban a destruir patrañas, falsas creencias y leyendas sin fundamento, pero siempre con una barrera que no se permitía traspasar en su condición de fervoroso creyente y Maestro General de una Orden religiosa tan prestigiosa como la de San Benito. Aunque a veces, no sabe cómo salir del enredo, sobre todo al tratar de los milagros, en cuya posibilidad cree, pero combatiendo los más, como falsos, supuestos o inventados, ya que «los más de los hombres en materia de prodigios que fomentan la devoción, tienen por acto de piedad referir lo incierto como cierto» y «divulgan a cada paso prodigios que nunca existieron» (carta 31). Así, la historia de San Dionisio quien, «degollado, tomó su cabeza en las manos y así caminó dos mil pasos» (carta 6); el santo óleo que llegó del cielo para coronar a Clodoveo, como rey cristiano de Francia (carta 26); o también la facultad que se cree Dios concedió a los reyes franceses de curar a los enfermos escrofulosos, imposible para los reyes ingleses, «porque Dios no lo permitiría después de su apostasía» (carta 25); el supuesto milagro de las flores de San Luis del Monte, más se debía a ignorancia de los padres franciscanos que lo divulgaron que a una supuesta malicia fraudulenta (carta 30). Uno de los pocos milagros que acepta es el de la repetición anual de la licuefacción de la sangre de San Genaro en Nápoles, porque «está tan altamente autorizado que sería ciega obstinación negarle el asenso» (carta 31), pero me malicio que en esa opinión influyó bastante el agradecido recuerdo de Carlos VII de Nápoles y III de España.

Para todo tiene alguna explicación, y no se detiene a dudar ni siquiera en conocimientos biológicos, tan escasos en su época. Entre ellos destaca el tema de la fecundación del óvulo y el parecido del recién nacido con sus padres (carta

4). Acepta como cierto que «el Autor de la naturaleza formó desde el principio aquellos minutísimos cuerpos con una semejanza respectiva a la madre, en cuyo ovario se contienen». Pero ¿cómo explicar el parecido con el padre? No se le ocurre más explicación que la facultad humana de la *imaginación*, que opera en la madre durante el coito, «excitada hacia el sujeto cooperante en el placer venéreo». Peca de crédulo cuando admite no sólo la existencia de los «demonios íncubos», sino sus relaciones sexuales con algunas mujeres, para lo que se escuda en las opiniones de algunos filósofos y teólogos, los cuales afirman que «el demonio puede formar un cuerpo en todo semejante al humano». Con esta premisa, concluye que «se sigue evidentemente la posibilidad de usar de él para aquel infame comercio», aunque se aferra de nuevo a la fe para rechazar esta fábula, puesto que «no sólo es racional, mas también conveniente, creer que jamás da Dios esa licencia al demonio» (carta 12). Pero no niega absolutamente la posibilidad. También sabemos que la hemiplejía que le condujo a la muerte, le impidió terminar su último escrito sobre *Las raíces de la incredulidad*, donde combatía, con el ardor de su juventud, el deísmo, la irreligiosidad, el materialismo y la masonería. Tenía 87 años y nunca supo que había vivido en un «siglo ilustrado». No obstante, no le faltaron elogios antes y después de su muerte. El inglés Edgard Clarke escribió en 1763 que «él solo ha hecho más para formar el gusto de los españoles y para enseñarles a pensar que todos sus predecesores». Y veinte años después, Sempere y Guarinos estimaba que «sus obras abrieron la puerta a la razón, que antes habían cerrado la indolencia y la falsa sabiduría».

Sin embargo, las «Luces» de Feijoo están demasiado limitadas en su esplendor por el dogma religioso. Por mucho que se quiera defender la equivalencia de las «Luces» en la católica España con las «Luces» protestantes o deístas de Europa, la evidencia de los textos nos dice lo contrario. ¿Cómo incluir en el mismo movimiento ideológico al católico Feijoo con el deísta Kant o el materialista barón D'Holbach? Ya fracasó el intento de construir para España una «Ilustración cristiana», planteado por el francés Paul Hazard y sus continuadores en España (Peñalver Simó, Rodríguez Casado, Macías Delgado, Batllori, Saugnieux), como también pareció delirar el P. Elizalde cuando, en el otro extremo, propuso a Feijoo como «representante del enciclopedismo español», en el II Simposio (1981). Para comprender el propósito ideológico del abad de San Vicente, basta usar sus mismas palabras y presentarlo como «desengañador de las Españas» (Marichal, 1951). Pero, acorde con la época en que le tocó vivir, no se puede ver en él un representante de la Ilustración posterior. Se le puede calificar de «pre-ilustrado» (Maravall) y a su obra de «albores de las Luces» (Domergue), «Ilustración temprana» (Álvarez de Miranda), «primera Ilustración» o «comienzo de la plena Ilustración» (Urzainqui), pero también como una

«Ilustración insuficiente» (Subirats). No cabe dudar del «espíritu ilustrado» de Feijoo, pero hay que considerarlo un individuo particular, sin apenas continuidad, un adelantado de la nueva cultura, y no una amplia corriente dentro de la Iglesia española.

Como demuestran estas *Cartas eruditas*, las «Luces» no nacieron en España. Aquí sólo se recibieron los ecos de la renovación filosófica comenzada en el norte de los Pirineos, desde la cartesiana hasta la enciclopedista, pasando por Newton, Locke y Kant, en la que no aparece ningún apellido español. Porque no se ha de olvidar que el movimiento europeo de las *Luces* es inicialmente filosófico y que aquí es muy escasa la nómina de filósofos del siglo XVIII destacados en la historia de la Filosofía. Pero, a falta de insignes filósofos de la nueva mentalidad, aquí la Ilustración europea contó con el faro del monje de Oviedo, que divulgó la racionalidad, el empirismo y el sentido común como un primer paso imprescindible para renovar ideas y costumbres. Pero no nos engañemos. Lo que Feijoo difunde no es el sistema filosófico y científico completo de la Europa de las *Luces*, sino una parte: la que permitiría a España salir de su aislamiento, encerrada en supersticiones y errores propios de una mentalidad infantil, sin traspasar el límite de la ortodoxia religiosa. El movimiento ilustrado, por tanto, tiene su propio desarrollo en cada país. No se manifiesta de la misma forma en un contexto donde había triunfado la Reforma protestante que en otro donde se impuso la Contrarreforma de Trento. No obstante, en todos los países hubo creyentes cristianos que colaboraron en los proyectos ilustrados.

Hace casi treinta años, en octubre de 1786, tuve la oportunidad de oír la ponencia de nuestro amigo José Miguel Caso en el Coloquio dieciochista organizado por la universidad alemana de Duisburg sobre la *Ilustración* en Europa y en España. El entonces Director del Centro ovetense puso sobre la mesa sus dudas y preocupaciones acerca del «fenómeno» ideológico, cuya comprensión le obsesionaba porque no le encajaban las piezas del puzzle. Una de sus primeras frases fue: «Probablemente sea imposible definir la Ilustración, y en particular la Ilustración española», ya que «no se puede hablar de una ideología común». Todo su empeño era encontrar la fórmula que le permitiera encajar bien en ese movimiento «ilustrado» a sus dos amores asturianos, Feijoo y Jovellanos, ambos defensores a ultranza del dogma católico. Llegó a la conclusión provisional de que lo que conviene a toda actitud «ilustrada» son los «principios» y no las consecuencias. Uno de esos principios era, para Caso, la ruptura con el pasado, y en eso reconocía al ilustrado Feijoo, que cumplió la «delicada misión de abrir brechas en la muralla tradicional», pero sin permitirse «dudas ni libertades».

En España, sin equiparar completamente las *Luces* con la *Ilustración*, se luchará más tarde por un mundo nuevo, basado en la igualdad social, la supre-

sión de los privilegios, la superación de la ignorancia ociosa y la necesidad de la educación popular, la promoción del mérito en la política, las obras de mejora en todos los órdenes de la cultura y la dignificación del más modesto ciudadano (antes «vasallo»). No hay grandes ideólogos, pero sí españoles entregados a una política «ilustrada» de modernización, aunque en generaciones diferenciadas, según las épocas. El pensamiento «ilustrado» va evolucionando con los años, desde los «novatores» de fines del xvii hasta los exaltados liberales de comienzos del xix. Feijoo no piensa lo mismo que Jovellanos, ni Campomanes lo mismo que Rubín de Celis, pero los cuatro pueden cobijarse bajo el manto genérico de «ilustrados», aunque, según mi opinión, reduciendo la calificación a un «reformismo ilustrado», más utilitario que filosófico, propiciado por un poder político absoluto, no democrático, apoyado en la jerarquía católica y alejado de la ideología deísta o materialista, que dominaba en la Europa pre-revolucionaria. Pero con el ansia creciente de una educación popular y la participación colectiva en la marcha del país hacia una libertad emancipadora.

FRANCISCO AGUILAR PIÑAL  
Consejo Superior de Investigaciones Científicas